

DOMENICO SCIALLA



# Caminando hacia el océano



Domenico Scialla

CAMINANDO HACIA EL OCÉANO

© Domenico Scialla 2010 – 2013

Primera edición 2021

Traducción por Nevia Ferrara

# Índice

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.
- 10.
- 11.
- 12.
- 13.
- 14.
- 15.
- 16.
- 17.
- 18.
- 19.
- 20.
- 21.
- 22.
- 23.
- 24.
- 25.
- 26.
- 27.
- 28.
- 29.
- 30.
- 31.
- 32.
- 33.

34.  
35.  
36.  
37.  
38.  
39.  
40.  
41.  
42.  
43.  
44.  
45.  
46.  
47.  
48.  
49.  
50.  
51.  
52.  
53.  
54.  
55.  
56.  
57.  
58.  
59.  
60.  
61.  
62.  
63.  
64.  
65.  
66.  
67.  
68.  
69.  
70.

- 71.
- 72.
- 73.
- 74.
- 75.

1.

«Fue el diablo», dice el padre Xavier, volviéndose hacia mí, después de unos momentos de silencio con la mirada fija en la ventana. «Él siempre intenta estropear las cosas buenas, al igual que su Camino al Océano Atlántico, Richardo».

Recuerdo aquel árbol de forma demoníaca que encontré entre Saint Jean Pied de Port y el refugio de Orisson: aunque por poco tiempo, me había trastornado.

El padre Xavier se sienta a mi lado, toma mis manos entre las suyas y continúa: «Tiene envidia. Envidioso de ese entusiasmo, de esa fe que, aunque me atreva a llamarlo secular, leo en tus ojos y en los de Stefania cuando llegaste aquí a Roncesvalles hace un tiempo. Lo recuerdo bien, era tu segundo día en el Camino. ¡Ah! Stefania, Stefania, esa pobre y desafortunada niña, quién sabe dónde está ahora; hasta hace unos días estaban juntos y ahora...». Se levanta y vuelve a la ventana.

«Ahora más que nunca, para superar estos terribles momentos, necesitas tu fe, hijo». Suspira mientras me mira con humildad y amor. «Abrazala intensamente y mantenla cerca de ti, no puedes hacer nada más que esto; espero con toda mi alma que la paz y la serenidad florezcan en ti».

Oímos pasos en la habitación contigua y el padre Xavier, abriendo una pequeña puerta de madera, se asoma y llama a Ahim, que se une a nosotros después de unos segundos. Nos pide al niño árabe y a mí que tengamos unos minutos de meditación con él, y luego se arrodilla a los pies de la Virgen. Escucha el canto de los pastores que van a la cueva en la noche mágica y comienza a rezar: «Virgen Santísima ayuda a nuestras vidas...». Poco a poco se baja el tono de su voz hasta que se convierte en silencio. Por desgracia, en cambio, escucha la llamada del almuecín y se arrodilla hacia La Meca, con la cara en el suelo y los brazos hacia adelante; declama algunos versos del Corán en árabe, entre los que sólo distingo la palabra Alá y, poco a poco, su voz también se va apagando. Asumo la posición de yoga del loto respirando profundamente y, al pronunciar el Om, pronto me siento envuelto en una sensación de bienestar; me veo flotando en el Universo entre mil colores y un arpa

canta una melodía celestial, en la que reconozco *el Adagio* de Albinoni. Así percibo el abrazo de la Vida y recito unos versos escritos por mí hace unos años: «Y ahora que las sombras en el alma se van diluyendo, una Luz serena me abre paso y yo vivo». Y yo también estoy callado.

Un cielo salpicado de estrellas ha sustituido recientemente al soleado de un espléndido día de mediados de octubre, cuando me despido del padre Xavier. Debo admitir que nuestro encuentro me hizo sentir mejor y me dio algo de paz. Hago un recorrido, luego me siento en un banco en la plaza adyacente al albergue de peregrinos, donde dormiré esta noche, y luego salgo hacia Roma por la mañana.

Recuerdo la tarde en la que Stefania y yo, para mí St, llegamos aquí y, en particular, el español de Sevilla, que nos encontramos en el refugio Orisson el día anterior, junto a un grupo de franceses, un holandés con su esposa y una chica belga, cuyo nombre es el único que recuerdo: Marin. Justo en esta plaza, el español nos llamó en voz alta «¡Italianos!» y sonrió diciendo que ya había llegado hace mucho tiempo; luego nos mostró sus pies ampollados. Charlamos sobre los dos primeros días del Camino y nos invitó a participar en la función del peregrino, indicándonos el lugar donde se realizaría poco después. Ya habíamos oído hablar de esta, es conocida entre los caminantes, pero solo él supo inculcarnos la curiosidad y el deseo que nos induzcan a participar.

Miro al cielo por un momento, luego suspiro y saco el celular de mi mochila en la que tengo las fotos y apuntes del Camino al Océano con St. Empiezo a consultarlas y revivir cada momento.

## 2.

### *Juntos hacia el Océano*

Llenos de curiosidad y ávidos de naturaleza, St y yo llegamos a Saint Jean Pied de Port, en autobús desde Bayona, coincidiendo con el tgv de París Montparnasse. Muchos se reúnen aquí para iniciar el Camino hacia el Océano Atlántico a pie o en bicicleta. El camino es bastante sencillo, casi al alcance de todos. Este Camino, patrimonio de la UNESCO, aunque nació en la antigüedad como una peregrinación religiosa, ha sido emprendido durante mucho tiempo por la mayoría de la gente por simple curiosidad, por deporte, por amor a la naturaleza, por motivos culturales y, quién sabe, también por motivos que sólo el inconsciente conoce.

Muchas personas deciden caminarlo todo o en parte, en una o más veces y alguien lo repite con el tiempo. Hay quienes lo hacen solos -una experiencia fuerte desde el punto de vista meditativo - pero lo ideal sería caminar en dos, máximo en tres. Siempre puede unirse a otros cuando lo desee y separarse de ellos en cualquier momento, sin sentirse conectado con nadie. El autobús se detiene en un estacionamiento no lejos de una puerta medieval. Entramos al pueblo junto al resto de pasajeros, como si fuéramos parte de un mismo grupo y luego, poco a poco, nos distribuimos por las calles. St lee, frente a las casas y tabernas, los precios de las habitaciones y los menús de la cena, casi siempre escritos con tiza de colores sobre pizarras. Normalmente uno se aloja en habitaciones de casas particulares o *albergues*, son las soluciones más económicas. Los *albergues* son hostales, los hay privados y municipales, estos últimos suelen tener solo dormitorios. En centros medianos y en ciudades como Pamplona, la capital de Navarra, Burgos, León y en la capital de Galicia, Santiago, también existen *hostales* y *pensiones*, es decir, hoteles modestos, e incluso hoteles de lujo. Tocamos en una de estas casas y nos abre un chico, está malsonriendo e invitándonos a seguirlo, y nos dice en francés: «Bienvenidos. Les estaba esperando y su habitación está lista».

Nos sorprende, probablemente se comporta así con todos, pero su actitud nos gusta. La casa se distribuye en tres pequeñas plantas, a las que se accede por una escalera de caracol de madera que parte de la entrada: en la primera planta se encuentra el apartamento principal, en la segunda están las habitaciones de invitados y en la tercera una sala de estar y un comedor. El propietario anota



nuestros nombres en una pequeña libreta diciendo: «Para llegar a Roncesvalles tienes dos alternativas: la ruta del fondo del valle y la ruta de la montaña. La primera ruta es menos fatigosa, pero también más monótona; la otra es más desafiante, especialmente los primeros ocho kilómetros hasta el refugio de Orisson, pero es la más hermosa. Subes hasta unos 1400 metros y puedes admirar unas vistas impresionantes, en algunos lugares pueden todavía encontrar un poco de nieve».

«Realmente creo que optaremos por la ruta de la montaña, ¿Qué te parece Rich?»

«Ok St, tenemos que captar toda la belleza que hay.»

«Sabia decisión. Pueden llegar en dos días, hagan una parada en el refugio; incluso si está lleno, siempre encontrarán un lugar para dormir allí, si acaso dormirán junto a otras treinta personas, en el suelo» sonríe «pero este también es el Camino, fantástico y aventurero. A la mañana siguiente podrían viajar los otros diecisiete kilómetros hasta Roncesvalles.»

### 3.

En el desayuno, dos muchachas orientales nos preparan galletas con mermelada y nos sirven leche caliente; cortamos un poco de fruta fresca para ellas. Solamente podemos comunicarnos con gestos y grandes sonrisas.

Antes de irme, tropiezo y corro el riesgo de caerme por la escalera, pero St, que está detrás de mí, afortunadamente logra agarrarme de la mochila. Y después del peligro evitado, el propietario pone el *sello* a nuestras credenciales, para certificar el inicio de esta maravillosa experiencia; luego saca dos grandes conchas de un bolso, símbolo del Camino, las ata con fuerza a nuestras mochilas y, colocando una mano en mi hombro y la otra en el de St, nos desea: «¡*Buen camino!*». A partir de este momento escucharemos esta exclamación muchas más veces. Una fuerte emoción invade nuestra alma e inmediatamente partimos.

Habiendo decidido ir despacio, St y yo a menudo estamos solos: muchos nos flanquean, casi siempre intercambian algunas palabras con nosotros, nos pasan y en pocos minutos desaparecen en el horizonte.

Nos encontramos con dos italianos, el más joven tiene unas gafas fucsias que seguro no pasan desapercibidas.

«¿Sigues siendo bueno?» nos dice Conlasgafas en tono de broma, repitiendo una frase de St.

St le sonrío.

«¿De dónde vienen?» nos pregunta Singafas.

«Yo de Sicilia, él de Campania» responde St.

«Nosotros somos de Toscana y me voy a llevar a este mocoso hacia la Salvación», continúa Conlasgafas, riendo y mirando a Singafas.

«Esperemos que así sea, entonces» intervengo.

«Suponiendo que lleguemos a Santiago, dada su edad», dice Conlasgafas, dando un golpecito a su compañero.

«¡Ríete, ríete! Por cierto no he hecho un año en el gimnasio para prepararme a este Camino», Sin Gafas se defiende.

Los cuatro nos echamos a reír a carcajadas, luego los dos tipos divertidos continúan saludándonos al unísono.

Es un período realmente estresante para mí, debido a la cirugía de vesícula biliar a la que tendré que someterme en breve y sobre todo por el mobbing que estoy sufriendo desde hace tiempo en Lacondary s.r.l., la empresa agrícola para la que trabajo; de hecho quieren obligarme a renunciar, porque para ellos

soy una rama seca - me resisto con uñas y dientes, no tengo otra alternativa para poder irme; pero espero encontrar una solución lo antes posible: otro trabajo, una lotería o que los libros que he escrito pronto tengan éxito -. Esta experiencia única solo puede hacerme bien. St sugiere que me desapegue de todo lo que es mi vida y viva solo lo que concierne a esta situación.

Hace frío y el tiempo no es nada bueno cuando llegamos a Orisson. Acaba de lloviznar. Mientras consumimos nuestro almuerzo, jamón y bizcochos con miel, evaluamos si seguir hasta Roncesvalles o parar y empezar de nuevo por la mañana. Una cortés y encantadora caminante de unos cincuenta años nos advierte que a partir de aquí tomará unas cinco horas de caminata y, aparte de una fuente y mucha naturaleza espléndida, no encontraremos nada. Son casi las tres de la tarde y, considerando las nubes y nuestro ritmo, que nos llevará al menos seis horas, decidimos partir mañana con más tranquilidad.

La cena se sirve en un comedor de piedra con una gran mesa de madera oscura en el centro, rodeada de otras del mismo tipo para cuatro personas. Al fondo, en una gran chimenea apagada, cuelga una olla de cobre; hay monedas en las repisas y huecos de las paredes, mientras que el techo blanco está revestido con vigas de la misma madera que las mesas. Siento que he retrocedido en el tiempo. La propietaria nos dice que podemos sentarnos en una de las mesas pequeñas o, si queremos, en la grande, junto con otros peregrinos. Nos fascina la idea de conocer a otras personas que tienen la misma experiencia que nosotros, así que St y yo nos sentamos, uno frente al otro, en la mesa grande. A mi izquierda está el español de Sevilla, a mi derecha Marin, el holandés con su esposa y los franceses que ocupan el resto de la mesa. Estos últimos, trabajadores jubilados y viejos amigos, amenizan la velada con canciones populares, algunas de las cuales también conocemos en italiano. Les gustaría que St y yo cantemos *Bella ciao*, pero no pueden convencernos, a pesar de que nos gusta esta canción popular. Tienen la intención de caminar un poco cada año hasta completarlo. El español dedica el Camino a su hija y espera llegar a Santo Domingo de la Calzada en unos quince días. Nosotros planeamos caminar alrededor de una semana y luego continuar en tren o autobús hasta Finisterre. Marin, como el español, hace el Camino sola y espera llegar a Compostela en aproximadamente un mes. De inmediato surgió un entendimiento entre ella y yo, e intercambiamos correos electrónicos con la promesa de volver a encontrarnos tanto en Italia como en Bélgica. No entendemos nada sobre el holandés y su esposa, ni siquiera por qué están aquí.

Pronto regresamos a nuestra habitación: una lavandería., con lavadora, mesa de planchar, ropa para planchar y dos catres plegables apoyados contra la pared; esta es la única forma de dormir aquí esta noche.

St se duerme en un instante, mientras yo empiezo a pensar en Marin, lo hermosa que es en cuerpo y alma, luego tomo mi teléfono y escucho su voz que grabé sin que ella lo supiera.

“Vivo un máximo de seis meses al año, el tiempo para trabajar un poco, con mi hermana, en una casa heredada de una tía, luego deambulo por el mundo. Amo a la gente, la naturaleza y todo lo que me rodea. Eh eh, soy una mariposa. Tengo actividades ocasionales, ganando lo suficiente para una vida modesta pero emocional. Crees que soy una vagabunda, ¿verdad?”

“No, no lo creo en absoluto, de hecho te aprecio mucho; ¡Yo también soy casi así!” mi voz le responde.

“Bueno, ya estás a medio camino, pero ese ‘casi’ no es bueno, ¡ja, ja!”

“Tienes razón, Marin, tienes razón”.

“Estás ‘casi’ en el camino correcto, no pareces estar muy mal. Donde vivo me consideran ua vagabunda, una desafortunada. Pero no me importa. Si sabes lo que me importa a mi! Hago lo que quiero andando directamente hacia adelante”.

“Tienes razón, tenemos que hacerlo, pero no todo el mundo es capaz de hacerlo”.

“Desafortunadamente, todavía hay muchas personas que se escandalizan por el hecho de que vivo mi vida de esta manera, pensando en todo en lugar de buscar un trabajo serio y formar una familia, pero no me importa. Muchos no entienden que soy feliz y mucho más que ellos. Qué fastidio cuando te dicen que haces esto porque no quieres asumir tus responsabilidades y que quieres hacer cosas que ya no se hacen a tu edad, porque todo tiene que hacerse en su momento. Estoy convencida de que la mayoría de los que hablan así no asumen realmente sus responsabilidades, viviendo al revés de cómo les gustaría, porque no tienen el coraje de afrontar el juicio de los demás y riesgos como quedarse sin un céntimo o el miedo a quedarse solos. Pero, ¿cuándo es que estás realmente solo, si no cuando ignoras tu alma? ¿Quién determina y cómo se decide cuándo asumir la responsabilidad y cuál es el momento adecuado para hacer ciertas cosas? Creo que son conceptos relativos: solo escuchando la voz del alma hacemos lo correcto por nosotros mismos. Supongamos que alguien como yo asume las responsabilidades de un trabajo

estable y una familia, ¿te imaginas lo que le pasaría, lo que perdería? ¡Qué tristeza, qué tristeza de verdad!”

St y yo nos despertamos unos instantes al amanecer y, antes de volver a dormirnos, notamos que el cielo está despejado y lleno de estrellas, y hace bastante calor.

Después del desayuno, sin saber si nos volveremos a ver, nos despedimos calurosamente del español y el holandés, y partimos.

La naturaleza se expresa mágicamente: los valles, la vegetación, el canto de los pájaros, algunos trozos de nieve aún sin derretir, el zumbido de los insectos, el olor que trae una dulce y fresca brisa primaveral. De vez en cuando algunas pequeñas águilas vuelan sobre nosotros, mientras observamos gusanos que, atados entre sí, forman largos palitos parecidos al regaliz. A esto se suman los cantos de algunos caminantes; a medida que se acercan a nosotros se van definiendo cada vez más hasta desvanecerse en el horizonte; son cantos de alegría y de todo tipo, de *Albachiara* a *My way*, de *La vie en rose* a *Time*, en árabe, francés, inglés, español y en otros idiomas incomprensibles para nosotros. En este paraíso, sin embargo, también siento miedo de vez en cuando, imaginándome grandes pájaros volando hacia nosotros y serpientes venenosas arrastrándose a nuestros pies. Hablo con St que minimiza mis temores burlándose de mí: «Son caprichos, Rich. ¿Y qué ser humano masculino no tiene al menos un par de ellos?».

A lo lejos vemos, paradas bajo un árbol, a tres niñas vestidas de blanco que, con gran pasión, cantan en inglés: «¡Vámonos, vámonos, por las calles de la existencia, caminemos, hacia Puchiluchio, para llegar a ti!».

No todo el mundo respeta a los que andan por estos caminos, sean cuales sean los motivos: algunos religiosos cantan muy alto, de forma tosca, con una actitud que parece decir “aquí hay que estar solo yo y los que como yo, tus motivaciones no cuentan, las mías, en cambio, me llévan lejos”. Quizás en el cielo, quién sabe. Comentamos estos comportamientos impropios en inglés con un maratonista francés y un grupo de senderistas suizos; estamos de acuerdo en que la única solución, para evitar que se perturbe este clima de paz y hermandad, es mantenerlos lo suficientemente lejos: St y yo paramos y los dejamos seguir, los demás van rápidamente para dejarlos atrás. Entre los excursionistas también hay un ciego: sólo nos dimos cuenta de su estado cuando sacó unas hojas escritas en braille de su mochila y empezó a leer con

los dedos. Nos impresionó su autonomía, sobre todo cuando continuó, mano a mano, con su novia: parecía conducir a ella.

Llevamos un rato caminando cuando el español nos alcanza; nos sonrío, nos mira unos segundos con su mirada poderosa y luego continúa. Nos sentimos muy unidos a él, especialmente St, y creemos que realmente es una persona especial.

Marin, por su parte, se une a nosotros en el punto en el que debemos tomar un camino para continuar. Llevamos un tiempo aquí parados y no encontramos ninguna señal que indique el Camino: una flecha amarilla, a veces una raya roja y blanca. Marin señala uno justo frente a nuestros ojos, pero no lo notamos. Nos echamos a reír porque a veces las cosas aparentemente más complejas son en realidad las más simples, las tenemos al alcance pero no las vemos, distraídos por otras cosas. En esta circunstancia el otro es probablemente también el paraíso que nos rodea y los caballos que, no muy lejos de nosotros, galopan libres por los prados. Marin se acerca a uno de ellos y lo acaricia, lo abraza, le susurra palabras en francés. Al ver con qué naturalidad y dulzura lo hace esta chica, St y yo también sentimos ganas de imitarla.

Sigamos caminando juntos. Mi mirada aún se encuentra con la de Marin, con gran complicidad, tal como sucedió en el refugio. Nos sonreímos, lentamente mi mano comienza a acariciar su cabello y luego nos quedamos tomados de la mano por un rato.

Nos separamos en la fuente: ella retoma el paso, mientras nosotros, en cambio, nos detenemos: St quiere tratar la *vejiga* que le apareció debajo del pie derecho hace unas horas. Se lava las manos con cuidado y se sienta; comienza a frotar la ampolla con un algodón empapado en yodo, luego desinfecta un hilo de algodón atado a una aguja. Perfora un extremo de la vejiga dejando escapar un líquido semitransparente y empuja la aguja hasta que sale por el extremo opuesto. Me estremezco al presenciar esta escena, aunque sé que no hay dolor, ya que la piel está muerta. Un pajarito se posa no lejos de nosotros y comienza a observar a St. con atención. Mi compañera de viaje separa la aguja del hilo y ata los dos extremos para evitar que se resbale; sonrío y le dice al pajarito que ese hilo debe permanecer así por un tiempo, hasta que se seque la vejiga. Dos caminantes, un niño y un hombre de unos setenta años, ambos de Carpi, le piden permiso a St para tomarle fotos para documentar esa operación y ella no tiene ganas de decir que no; me divierto mucho observando la escena, bajo sus

miradas amenazadoras. Mientras juegan con sus teléfonos móviles, nos damos cuenta de que el anciano tiene una inscripción en su mochila.

*La Copa del Mundo comenzará pronto. Me pondré los tapones para los oídos para no escuchar el comentario. El fútbol es demasiado corrupto y nunca hemos tenido una Italia, y mucho menos en el deporte. La unificación fue una excusa para que los piemonteses cometieran un gran robo en el Reino de las Dos Sicilias y uno de los genocidios más atroces de la historia.*

St y yo nos miramos un momento, luego los dos nos saludan, parten y la voz de Angelo Magliacano de TerroMnia resuena en mí cantand *La Tammurriata del Povero Brigante*:

*Madre del cielo, la tierra y el mar,  
Se me aparece un extraño rojo.  
Estas son tierras puras y gloriosas,  
mueren personas, adultos y niños.  
¿Qué buscan, quién los llamó?  
¡Estos son falsos, además de hermanos!  
Vienen de afuera, mandan el rescate  
Sin saber que nos tiran al pozo.*

Nos sentamos unos minutos más en silencio y luego St cubre con una gasa estéril lo que ha curado; se vuelve a poner los calcetines y los zapatos y se pone de pie. El pájaro se lanza al vuelo justo cuando despegamos hacia Roncesvalles.

#### 4.

Poco falta desde el comienzo de la función del peregrino. Los presentes están absortos en sus pensamientos; un leve olor a incienso flota en el aire y reina un silencio lleno de respeto. Veo al español, al grupo de franceses y Marin. Por una puerta de madera a mi izquierda entran cuatro sacerdotes vestidos de blanco cantando, hasta llegar al altar. Uno de ellos es el padre Xavier a quien conocimos hace un rato en la calle. Intercambiamos algunas palabras y me pidió el contacto de Facebook.

Un anciano mal vestido se tira al suelo y grita en inglés: «¡Gracias a Dios, gracias por todo lo que has hecho por mí!». Los sacerdotes guardan silencio unos momentos, luego uno de ellos reanuda la celebración. El anciano se levanta y ocupa su lugar no lejos del español.

Al final, la bendición se otorga en diferentes idiomas a todos los presentes que, durante el servicio, aumentaron poco a poco, llenando toda la iglesia.



**You've Just Finished your Free Sample**

**Enjoyed the preview?**

**Buy: <http://www.ebooks2go.com>**